

*Se trata, por lo tanto, de una realidad estrictamente material... (Alain Robbe-Grillet)*

Probó con los zapatos negros, eran lisos, de punta ovalada. Los dos zapatos caminaron lentamente por la alfombra azul y luego fueron lanzados nuevamente al placard. Los gastados mocasines de costumbre se acomodaron mejor al paso alternativo del hombre. Habían sido una adquisición económica en la zapatería de la esquina.

En la vereda gris, bajo el sol de las cinco, los mocasines marcharon inquietos. El sonido de las suelas repercutía en el silencio de la calle. Al parar en una esquina, los mocasines aparecieron rodeados de unos cuantos pares de zapatos escolares. Pronto los dejó atrás, pero, al tomar la avenida, se encontraron nuevamente en medio, no sólo de calzado escolar, sino de todo tipo: zapatos con taco cuadrado, aguja y normal; sandalias, botas, zapatillas y otras especies. Era difícil hallar espacio en medio de esa proliferación de cuero y plástico. El paso se hacía más lento y molesto. Los mocasines se internaron entonces, en una calle perpendicular a la avenida. La sucesión de veredas de diferente condición era desgastante. El paso, una vez ágil, se volvió pausado y torpe. El mocasín derecho tropezó con una baldosa rota; el izquierdo evitó la caída. Una leve brisa refrescaba los pies. Definitivamente, el lavarropas había encogido los pantalones.

Ante unas patas de metal, los mocasines se detuvieron, relajándose del peso que cargaban. Unos zapatos negros, ordinarios y mal lustrados, se acercaron con paso monótono, permanecieron un tiempo al costado de los mocasines y luego se alejaron. Al cabo de unos minutos regresaron, esta vez, con andar más cuidadoso; permanecieron en el mismo lugar más tiempo que la vez anterior y luego se retiraron en la misma dirección. La aparición de los zapatos viejos se reiteró cuando se instaló frente a los mocasines un par de sandalias coloradas. Eran realmente atractivas, se movían nerviosas y dejaban escapar unos dedos delicados. Ambos calzados quedaron protegidos bajo un círculo blanco y unos desbordantes pliegues de género azul.

## MOCASINES

Por Belén Larguía  
1ª año Letras

Por momentos, las sandalias parecían bordó, o hasta más oscuras, hasta que la luz las volvía a transformar en colorado fuego. El par de zapatos ordinario siguió acercándose, iban a dejar algo y se retiraban. Entretanto, la tensión de los pies dentro de los mocasines se incrementaba; intranquilos, sentían la presión de la sangre circulando aceleradamente. Esa presión era grata y pronto la sangre cambió de temperatura. Los mocasines se atrevieron a adelantarse y, con extraño ímpetu, rodearon a las pequeñas sandalias que, ahora, parecían desprotegidas e indefensas; pero, al aproximarse una vez más aquellos zapatos negros deslustrados, los mocasines, que rozaban las sandalias, retrocedieron.

La luz artificial iluminaba ahora las veredas, mientras los mocasines caminaban indecisos, algo ebrios junto a las sandalias. Era arduo el esfuerzo por avanzar derechos; imposible llevar un paso rítmico, siempre uno de los mocasines pisaba a destiempo. Las sandalias, en cambio, se desplazaban a ritmo suave y sincronizado que contrastaba con el brusco zigzag de sus acompañantes. Ello se debía a que la superficie de esta calle estaba aún en peor estado que la anterior. De ahí que, ambos pies, derecho e izquierdo, tropezaran varias veces. Era como si las baldosas estuvieran colocadas a desnivel y el intento de los mocasines, por evitar tropiezos, resultara vano. Las sandalias coloradas parecían alejarse y acercarse; pero, en realidad, se trataba sólo de una impresión, más bien eso le ocurría a los mocasines. La confusión fue en aumento y, de súbito, los mocasines dejaron de sentir el suelo bajo los pies, quedando estáticos en dirección al cielo estrellado. Las sandalias ya no siguieron a un costado sino enfrente, aunque luego de varios titubeos desaparecieron.

Los mocasines todavía sentían la grata presión de la sangre por los pies, cuando por una fuerza externa se dispusieron paralelamente sobre la acera. Ya no sólo estaban las sandalias a un costado, sino que del otro lado había también un par de zapatillas negras; y eran ahora los mocasines los que acompañaban, con paso parejo, el andar de los otros pares. Equilibrado el peso, les resultaba más fácil a los mocasines encarar la superficie engañosa.

La situación había cambiado; ellos también.